

dente del Eufrates no se avansasen los desiertos de Arabia hacia el Norte en un vasto hemicíclo, impidiendo, ó á lo menos haciendo casi imposible la travesía directa de las arcillas, de las arenas y de las corrientes de lava. La línea normal de comunicación se replega, pues, hacia el Norte para remontar el curso del Eufrates hasta los montes anteriores del Taurus y ganar la costa, sea atravesando la banda estrecha de terreno que separa el codó nor-occidental del Eufrates y el golfo de Alejandreta, sea dejando la vía fluvial más al Sud para contornear el desierto y volver al litoral por una brecha de las montañas. De todos modos, que la ciudad de etapa fuese Karkemich, Halepo, Antioquía, Palmira ó Damasco, el punto de divergencia de los dos caminos, de un lado hacia el Asia menor y Europa, del otro hacia el continente africano, se encontraba trasladado á Siria, en la inmediata vecindad del Mediterráneo.

Desde el punto de vista de los caminos oceánicos, las ventajas que la Naturaleza asignaba á las ciudades fenicias, con ocasión del paso de la civilización á su perigeo, no fueron menores que para los caminos continentales. El Mediterráneo se extiende hacia el Oeste, que baña sobre 3600 kilómetros en línea recta las costas de Africa y las de Europa, recortadas al infinito, á lo menos al Norte, por los golfos y las bahías. Á poca distancia, al Sud, el estrecho mar Árabe, apunta su lengua bífida de Suez y de Akabah, hacia el golfo de Pelusa y el Mediterráneo, el mar Muerto y el valle del Jordán. De este modo, la línea de navegación, excepto una pequeña laguna, se desarrolla en un espacio que debió parecer casi sin fin á los marinos principiantes. Al Oeste alcanzaban el Atlántico, y se dirigían, sea del lado de las tempestades, de las brumas y de los hielos, hacia las islas Casitéridas, la lejana Tulea y las costas del Ambar, sea del lado del sol y de los vientos regulares para doblar el promontorio Soloeis y visitar las islas Afortunadas. Al Sud, iban por el estrecho de Bab-el-Mandeb, «Puerta de la Angustia», y navegaban hacia «Ofir», la punta meridional de Africa, los mares de la India, donde soplan alternativamente los vientos alisios y los monzones, y hasta Malasia.

También en la misma dirección de la costa siria, el paso del alto Eufrates, forma una cortadura á la raíz de la península anatólica para no detenerse sino á corta distancia del mar Negro; y este camino,



Cl. Bonfils.

VISTA GENERAL DE HOMS

De una fotografía.

aunque no utilizado directamente por grandes expediciones de comercio, no dejaba de servir á un importante tráfico sobre toda la serie de los mercados situados á lo largo de la «línea de vida». Por último, preciso es que conste que las importantes ciudades del litoral sirio y del inmediato país posterior estaban situadas á la mitad del camino de otras dos vías históricas de las más frecuentadas y hasta excedían en esta época á los caminos marítimos como arterias de comunicación. Estas dos vías eran, de una parte, el valle del Nilo, que avanzaba hacia el Sud hasta las regiones entonces desconocidas del África interior; de otra, las dos corrientes gemelas del Tigris y del Eufrates, con sus afluentes del Este, que se prolongaban á lo lejos en las tierras del ante-mar del golfo Pérsico. La costa de Siria, dispuesta por sí misma en una larga banda como los dos valles fluviales de que era intermediaria, tenía por eje natural un tercer camino utilizado en todas las épocas, el que forma el valle de Orontes, para-

lelo al litoral, y su continuación meridional, el valle del Leontes, después el del Jordán, fértil y viviente en la alta mitad de su curso. Verdad es que la parte baja de ese surco, desde el mar Muerto hasta el golfo de Akabah, se hallaba inutilizada por la falta de aguas corrientes.

Todas esas grandes ventajas de orden mundial que presentan el curso y el entrecruzamiento de los caminos de los pueblos, debían, pues, manifestarse en todos los puntos de la costa siria que ofrecen circunstancias favorables como sitios de escala, de expedición, de pesca, de cultivo ó de industria: cada poblado, cada villa que gozase de buena situación local, tenía serias probabilidades de transformarse en ciudad de gran importancia. Ahora bien, precisamente esta costa que, visto su conjunto parece ser casi rectilínea, con escasas escotaduras, y que, en efecto, es completamente inhospitalaria en su parte meridional, sobre todo el litoral de la antigua Filistia se recorta al Norte del monte Carmelo en cierto número de calas semicirculares donde se refugiaban los barcos de paso antes de que existiesen puertos artificiales construídos por el hombre. La costa de Siria, como la de Mauritania en África, de Chile en el Nuevo Mundo y de otras regiones montañosas, presenta, fuera de las aristas principales de la cadena costera, una serie de promontorios dispuestos en escalones, separados unos de otros, de manera que forman lugares de abrigo muy apreciados contra ciertos vientos: así nacieron sobre ese litoral, bien protegidas contra la marejada del Sud y del Oeste, las ciudades de Beryte (Beirut) y Trípoli.

Algunos puntos de la costa eran favorecidos por otro privilegio, poseían muelles naturales y rompeolas formados por islotes ó cadenas de escollos. En estos sitios las rocas bajas separadas de la tierra firme por aguas poco profundas, pero suficientes, no obstante en aquella época para dar asilo á los barcos, protegían las flotillas á la vez contra los vientos de fuera y contra los ataques de un enemigo; he ahí una de las causas mayores de la prosperidad que pudieron alcanzar las famosas capitales Arad y Sidón, y Tiro, aun más poderosa. Varias de esas ciudades, que disfrutaban además de la fertilidad de los campos del litoral vecino, se hallaban frente una brecha de las montañas que formaba un camino natural para el comercio del otro lado de los montes. Tal era precisamente la situación de Tiro,

colocada cerca de la desembocadura del Leontes, cuyo curso seguían las caravanas que venían del alto Eufrates y de los oasis septentrionales del desierto.

La forma geográfica del litoral sirio, con su cadena de ciudades perfectamente dispuesta para el comercio, y, por consiguiente, destinada á recibir inmigrantes de toda nacionalidad, gentes de toda raza, libres ó esclavos, no permitía una perfecta unidad de origen en las poblaciones que allí se habían establecido: las emigraciones y contraemigraciones verificadas por tierra y por mar debieron cambiar de muy diferente modo el carácter de los elementos étnicos sobre la larga banda de territorio, unos 800 kilómetros, desarrollada de Norte á Sud, entre el Asia Menor y el Egipto. La influencia del medio ha conseguido ciertamente, según la duración de su acción, determinar semejanzas de tipos allí donde se presentaban en otro tiempo contrastes originarios; pero como nuevas mezclas de hombres, de tribus y de pueblos introdujeron nuevas



«PIEDRA DERECHA», DE MERSINA
(Véase mapa n.º 98, pág. 13).

Algunos viajeros atribuyen á este menhir, quizá fenicio, una altura de unos 15 metros, otros 7 á 8 solamente.

diferencias de caracteres físicos, de lenguas, de religiones y de costumbres, el equilibrio general se modificó nuevamente.

Según el cuadro etnográfico, sumario que reproducen los anales



PIEDRA CON UNA INSCRIPCIÓN HÉTEA
LADO PLANO

Un tercio de su tamaño.

de los Hebreos en el décimo capítulo del *Génesis*, casi toda la población del litoral sería de procedencia khamítica, es decir, habría pertenecido á aquella raza misteriosa, distinta de Sem y de Jafet, y que los Judíos parece que inventaron sencillamente para clasificar en ella á sus enemigos y hacerla maldecir en globo. Sin embargo, parece que en el conjunto los habitantes de la Siria eran del mismo origen que los

Hebreos, y que puede calificárseles entre los Semitas. Los lenguajes y los tipos se parecen de Norte á Sud, y hay motivos para creer que la cuna común de la raza se halla poco

alejada sobre las estribaciones del Taurus armenio. De allí partirían durante la sucesión de las edades, enjambres de emigrantes, dejando sus valles demasiado estrechos por otras patrias más extensas, de un lado el país de los ríos, del otro el litoral marino.

Una leyenda judía recogida por el *Génesis*, dice que Abraham, el

antecesor mítico de los Hebreos, residió mucho tiempo en el país de Harán ó Carán. Es verdad que, á consecuencia de una confusión evidente de tradiciones, el mismo Abraham no se distinguía del «Padre Orkam» de Ur, en Caldea; pero todo el contexto y el conjunto de la narración relativa á la

vida del patriarca hebreo muestra claramente que los Judíos consideraban al padre de su raza, no como rey de una ciudad caldea, sino como un jefe de pastores, errante con sus rebaños en las soledades de la Cis-Eufrática. Los pastos que se dicen haber sido recorridos por sus abuelos, comienzan inmediatamente al Sud del país de Harán, la tierra patrimonial donde Abraham había vivido, donde su hijo Isaac y su nieto Jacob habían tomado mujer. El burgo de Harán, que todavía existe sobre el Nahr-Belik, riachuelo tributario del alto Eufrates, ocupa probablemente el centro de esta antigua patria de los Semitas hebraicos.

El Harán, que rodea al Este la extensa curva del gran río á su salida de las montañas, está situado en la base de las estribaciones de los montes de Armenia, allí donde los últimos relieves del suelo van á perderse en la llanura. Es, pues, un lugar de etapa por excelencia para los habitantes de los altos valles, pero está además sobre la gran vía histórica trazada por la Naturaleza entre los grados exte-



PIEDRA CON UNA INSCRIPCIÓN HÉTEA
LADO CONVEXO

Un tercio de su tamaño.

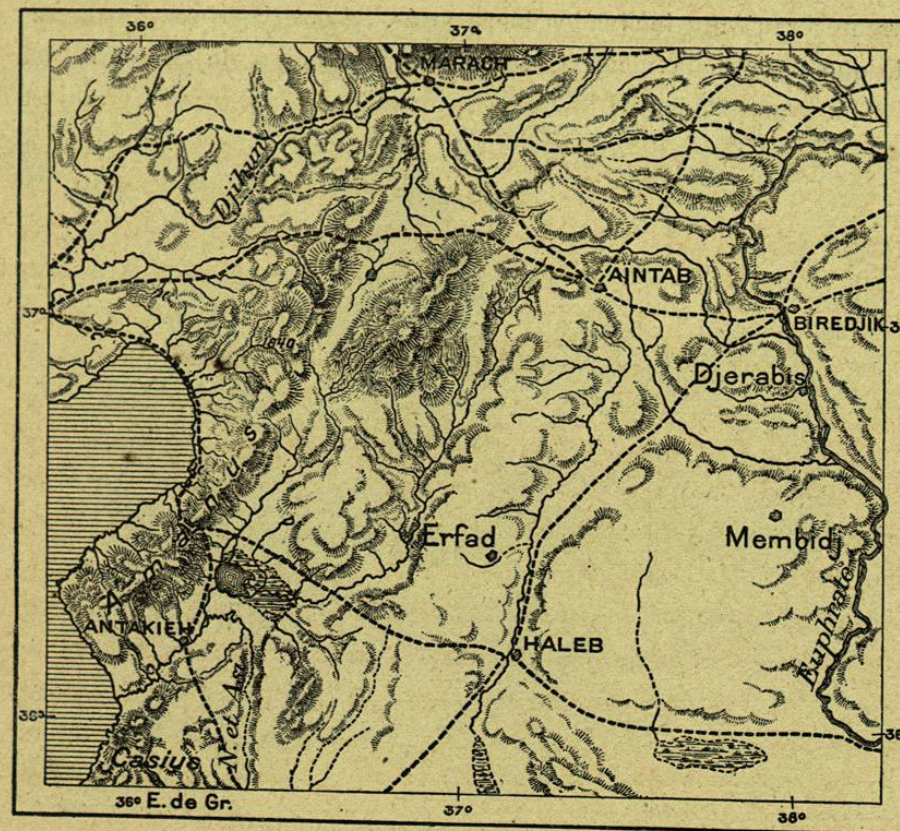
riores de la meseta de Irán y las puertas de Cilicia. Harán se halla colocado en el punto de divergencia de dos líneas de comercio y de emigración, la principal de las cuales, dirigida hacia el Sudeste, toma el curso del Tigris, y por ramificación el del bajo Eufrates, en tanto que la otra, inclinándose hacia el Sud y el Sudoeste, se destaca del alto Eufrates en su recodo occidental extremo y se prolonga por el reverso interior de las montañas de Siria, para dirigirse al mar Rojo y la península del Sinaí por el valle del Jordán. Harán es también un centro estratégico del más alto valor, y fué muy frecuentemente, sobre todo durante las guerras perso-romanas, el lugar de choque de los ejércitos. (Véase el mapa en el capítulo siguiente.)

Las condiciones geográficas por cuya causa el país de Harán adquirió en la historia un papel de gran importancia, difieren poco de las que posee al Oeste el espacio cuadrangular limitado por el mar y el Eufrates, el Taurus y el desierto, y cuya ciudad central es en el día la ciudad de Haleb. Si los hombres vivieran en paz, si ciertos privilegios por su propia manera de ser no suscitaran las guerras y la devastación, todas las ventajas se hallarían reunidas en esta comarca: los valles de las estribaciones suficientemente regados, bien expuestos al sol del medio día, pueden suministrar en abundancia todos los productos útiles al hombre; en parte alguna son mayores las facilidades del comercio por tierra, puesto que allí se encuentra el punto de unión, la encrucijada de las vías que irradian hacia el Asia, Europa y África. Pero el lugar de paso necesario para los traficantes, era también aquel donde ocurría el encuentro de los ejércitos enemigos, y precisamente allí mismo los caminos convergentes se unen en un estrecho paso donde las multitudes en movimiento han de precipitarse con fuerza como las aguas de un río empujadas por un canal único. Por lo mismo no ha podido constituirse por largo período una sociedad tranquila en esta región tan favorecida en tantos conceptos. ¡Cuántas veces se bosquejaron é intentaron vivir Estados en esta parte del Asia anterior, y cuántas veces sucumbieron después de una duración breve bajo la formidable presión del exterior!

En los tiempos protohistóricos referidos por la leyenda y la his-

toria de esas comarcas, es decir, hace 3500 años, las proximidades orientales de las Puertas Cilicias, el valle del Eufrates y la Siria, estaban ocupados por los Hititas, Héteos ó Hetianos, los Khetas de

N.º 103. Caminos del Eufrates al Mediterráneo.



1: 2 000 000

0 50 100 150 Kil.

Djerabis (Jerablus) y Membidj (Mabog) son dos antiguas Hierápolis (Ciudades Santas). M. G. Maspero coloca en Membidj el sitio de la antigua capital de los Hititas, Karkemich (Gargamich, Carchemis); A. H. Sayce, después de Skene y G. Smith, le fija en Djerabis.

los Egipcios, nación muy diferente de los Semitas, que pueblan en nuestros días la Siria septentrional. Los monumentos egipcios representan á los Hititas con rasgos que les asemejan, según Sayce ¹, á

¹ A. H. Sayce, *The Hittites*, trad. de J. Ménant.

los de los Mongoles de nuestros días: tenían la piel amarillenta, los ojos negros, lo mismo que la cabellera, que llevaban dispuesta en tres largas trenzas ó reducida á un penacho en medio del cráneo afeitado¹; la nariz sobresalía notablemente entre dos pómulos prominentes, pareciendo tanto más aguda cuanto que la barba imberbe y la frente eran muy inclinados hacia atrás. Sobre las rocas de Ibsambul, que refieren la victoria, verdadera ó supuesta de Sesostris, los



ALDEA DE MATCHAN Y ALREDEDORES DE URGUB

Hititas vencidos son figurados de corta estatura y rechonchos, indicando un pueblo hermano de los Tártaros del Norte de Asia².

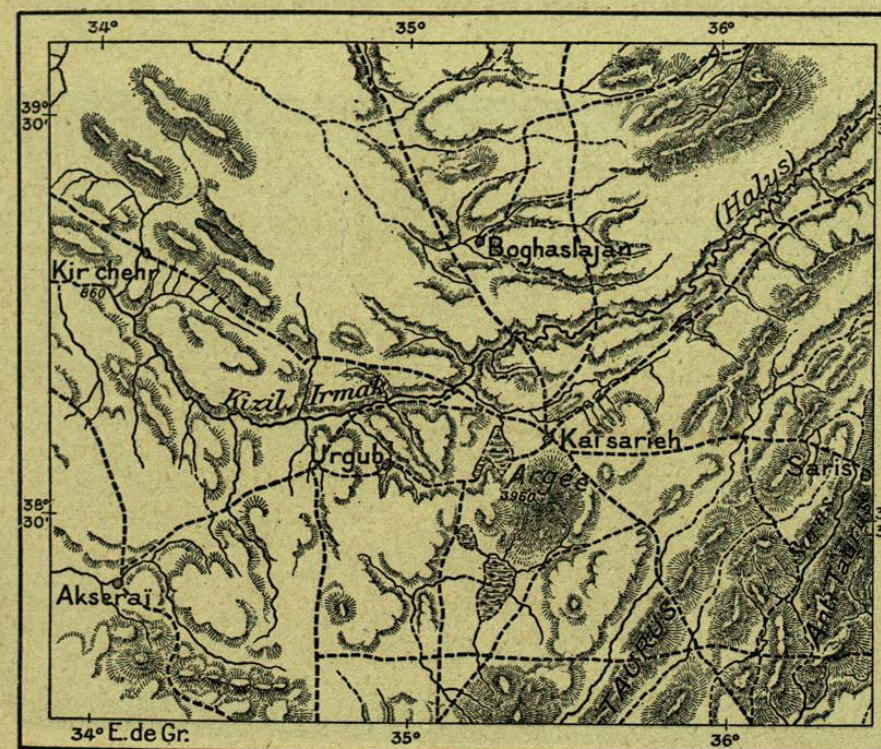
Como quiera que sea, se ignora á consecuencia de qué acontecimientos se establecieron en esta región aquellas poblaciones no semíticas. Á juzgar por algunos detalles de su traje, la forma de las botas levantadas á la punta y la de los guantes con el pulgar aislado, los Hititas habían hecho una larga estancia en la Capadocia, donde, según Wilson, todavía se hallan trogloditas del mismo tipo que el de

¹ Wilson, *Palestine Exploration Fund*, Enero 1884.

² Wright, *The Empire of the Hittites*; Couder, *Heth and Moab*, p. 22.

los Hititas de Ibsambul. Las habitaciones subterráneas que fueron cavadas hace decenas de miles de años en las colinas cónicas, los taludes y los acantilados de Toba que ocupan una vasta extensión de terreno al Oeste del monte Argeo, se consideran como obra de los

N.º 104. El volcán Argeo y el país de los Trogloditas.



1: 2000 000

0 50 100 150 Kil.

Hititas: á lo menos 3600 años antes de nuestros días ha de remontarse la construcción de esos admirables hipogeos, que forman un laberinto sin fin en el país de Urgub. Para representar el sentido de las ideas «país» y «rey»¹, el lenguaje jeroglífico de los Hititas figura unas «quillas», es decir, el tipo mismo de las viviendas de esta región.

Desde las altas tierras de la Capadocia, si es cierto que resi-

¹ S. *Globus*, 23 Enero 1902.